



UN TRABAJO
PARA QUIÉZ

Iñaki Marín

UN TRABAJO PARA QUÍLEZ

IÑAKI MARÍN

*Copyright © 2016 Iñaki Marín
All rights reserved.
ISBN
978-1518734809*

1

Cuando entré en la redacción del periódico, algunos compañeros se levantaron de la silla y aplaudieron con vehemencia, otros lanzaron bolígrafos y carpetas al aire, varios silbaron y unos cuantos permanecieron sentados con el brazo en alto y el pulgar apuntando al cielo. Los gritos de “¡Bravo, Quilez!”, “¡Valiente, Alfonso!” y “¡Con un par!” acompañaron a las palmadas en la espalda y los apretones de mano.

Tres días antes, en el suplemento dominical de *La Voz de Levante*, yo había publicado un reportaje sobre la discriminación de la mujer entre los sectores islámicos más radicales, haciendo hincapié en la necesidad de controlar a algunos imanes que, desde sus tribunas religiosas, “promovían actitudes intolerables en nuestro estado de derecho”. Y había añadido una lista, con nombres y apellidos, de algunos de aquellos predicadores. La respuesta no se había hecho esperar. El lunes por la noche, un artefacto explosivo de baja intensidad había estallado en la puerta del edificio donde vivía y alguien había escrito en la pared: “QUILEZ MUERTO CABRON”. Así, con mayúsculas y sin acentos.

Alicante es una ciudad pequeña y el número de musulmanes que en ella viven o trabajan no es elevado. En realidad, había escrito mi reportaje pensando en otras comunidades donde el integrismo aprovechaba la falta de trabajo y las pésimas condiciones de vida para sembrar su semilla de odio, así que no esperaba una reacción tan virulenta en mi propia casa.

Superado el susto inicial y concluido el trámite de las declaraciones a la policía, se apoderó de mí una especie de fiebre de indignación que me hizo sacar pecho y me empujó a escribir una columna de título grandilocuente: "En defensa de la Libertad". Cuando acabé el primer borrador, eran las cuatro de la mañana. Había fulminado una botella de Macallan releyendo, reescribiendo y, finalmente, tachando algunos de los párrafos más incendiarios. "¿Qué haces? Estás acojonado", me dije mientras comprobaba frente al espejo del cuarto de baño que la papada bajo la barbilla colgaba cada día más flácida. "Demasiado mayor para esto". El artículo se dio a la fuga por el desagüe del retrete.

Por la mañana, unos cuantos miles de neuronas habían desaparecido de mi cerebro. Por más que me di a buscarlas utilizando toda clase de cócteles extravagantes conseguidos a base de zumos de frutas, no logré averiguar el paradero de mis viejas compañeras. Sencillamente, estaban fritas. Sólo ello puede explicar que descolgara el teléfono como un autómatas y aceptara la invitación del Canal Valencia TV para, en horario de máxima audiencia, aquella misma tarde, despacharme a gusto contra imanes y ayatolás. El miedo paraliza a la bestia, embota sus sentidos y la rinde al predador.

La entrevista fue un éxito. El viaje de regreso desde la capital, en coche, una mierda. Y no sólo porque me jode conducir: algo me decía que la había cagado. Apenas pude conciliar el sueño: segunda noche en gris.

Sin embargo, al día siguiente, mis compañeros de redacción me recibían como a un héroe de guerra.

El redactor jefe, Anselmo Soler, me llamó a su mesa para decirme:

–Eres un tío valiente, Alfonso. Cuenta conmigo para lo que quieras –y me ofreció un mazo de puros dominicanos de los que solía fumar a escondidas en un balcón de la redacción que daba a la parte de atrás del edificio.

Lástima, había dejado de fumar.

Sonia Martí, la diseñadora gráfica, una treintañera de falda corta y melena rubia a la que había invitado a tomar

unas copas, sin éxito, en varias ocasiones, me dio un abrazo como si exprimiera un limón y me susurró al oído:

–El sábado estoy libre para cenar. Luego hablamos.

Hasta el portero del edificio, Damián, un dinosaurio a punto de jubilarse que no se quitaba el guardapolvo azul ni en los días más calurosos del verano, me había esperado de pie, fuera de su garita, y me había felicitado con un apretón de manos.

Ese día intuí cómo debían de sentirse los primeros astronautas americanos cuando, a su regreso de fabulosos viajes más allá de la atmósfera, desfilaban a bordo de brillantes cochazos por las magníficas avenidas de Washington bajo una lluvia de confeti y aclamaciones.

El paseo triunfal a través de escritorios, máquinas fotocopadoras y ordenadores casi me hizo olvidar que había acudido allí convocado por el director del periódico, don Manuel Vela.

–Adelante, Quílez, no se quede ahí. Pase y cierre la puerta.

El despacho de don Manuel era un ejemplo de pulcritud y orden. El director de *La Voz* había servido como alférez durante el servicio militar. De su paso por los cuarteles había heredado la sobriedad castrense –eso se notaba en la decoración minimalista de su despacho– y un respeto ciego por la jerarquía. Una lesión de espalda que había sufrido mientras esquiaba en Sierra Nevada, quince años atrás, lo había atado a una silla de ruedas de por vida. Al menos, ésa era la versión que corría entre los trabajadores del periódico, y él nunca la había desmentido. Vela era un tipo muy delgado, casi enjuto, con los ojos como dos rendijas, que se afeitaba la cabeza con esmero. Las venas bajo la piel dibujaban en ella extrañas geografías. En la redacción lo habían bautizado con el sobrenombre de Profesor Xavier, porque era clavado al responsable de los *X Men*.

A una señal de don Manuel, me senté frente a su mesa dispuesto a recibir unos cuantos halagos más en aquella mañana de gloria. El director fue al grano.

—¿A usted quién le ingresa el sueldo todos los meses, querido Quílez?

No esperaba la pregunta. Vela no me dio tiempo a contestar. Su calva devolvía el reflejo de la luz que entraba por la ventana como si fuera el foco abyecto de un interrogatorio clandestino.

—¿Acaso Radio Nación?, ¿o Canal Valencia TV?, o el semanario *¿La Voz de España?* ¿Con qué dinero paga el alquiler? ¿Y la estancia en Dublín de su hija? ¿De dónde saca la pasta para pagar la pensión de su ex? ¿Acaso recibe los cheques firmados por el Presidente del Grupo de Comunicación Hispania?

Me sorprendieron aquellas palabras y el tono de reprimenda con que me las arrojó a la cara. Me dio la sensación de estar recibiendo los primeros golpes de una buena paliza. Vela se mostraba raramente excitado. No era un hombre al que se pudiera sacar de sus casillas con facilidad.

Con la torpeza que me concedía no haberme recuperado aún del festín de halagos que acababa de zamparme, intenté procesar qué era lo que había hecho mal. No necesité pensar demasiado. Creía adivinar dónde había metido la pata. Pero me mantuve en silencio, a la expectativa.

—¿Se ha quedado mudo? Déjeme que le recuerde, por si no lo sabía, que usted trabaja para *La Voz de Levante*, periódico que pertenece a don José Luis Tacón Montoro, notable ciudadano que, amén de presidir el Grupo Universo, al cual pertenece este periódico que le da de comer, entre otras cosas, tiene el placer de contar como enemigo número uno a don Mariano Ivars Ivars, gran jefe del Grupo Hispania, al cual usted ha tenido a bien ofrecer, con su entrevista de ayer en cierto programucho, un éxito doble: por una parte, le ha dado munición xenófoba para una buena temporada y, por otra, le ha regalado unos índices de audiencia más que aceptables para una cadena de televisión de su alcance.

El director estaba realmente cabreado. No era para menos.

Llevado por el calentón del momento y por la corriente de litros de whisky con los que intentaba mantenerme alejado del terror –“Estás acojonado, Quílez, cabrón, te cagas de miedo”, me repetía por la noche sin conseguir conciliar el sueño– no había tenido en cuenta ninguna de aquellas consideraciones cuando le había dicho que sí a la voz femenina que me ofreció un espacio televisivo donde denunciar los insultos y las amenazas. Ahora no sólo me arrepentía de haber formado parte –siquiera por un día– de aquel circo mediático cavernícola del que tantas veces había despotricado, sino que, además, me censuraba no haber tenido en cuenta el aspecto, digamos, empresarial del asunto. Yo, que pasaba por ser un periodista veterano, me había comportado como un ingenuo pisaverde, un plumilla cualquiera.

Sin embargo, percibí un aliento de exageración en el tono de las palabras de don Manuel. Por un momento, tuve la sensación de que mi jefe estaba interpretando un papel. O de que había algo más.

–Verá, don Manuel, es cierto que...

–¡Calle, hombre, calle! ¡Por el amor de Dios, Quílez, no me venga con excusas! ¡Un tío como usted, con tantas batallas a sus espaldas!

Un silencio gélido se interpuso entre ambos, como un cocodrilo tumbado en medio de aquel despacho. Los expedientes, las carpetas, incluso los objetos de escritorio más humildes parecían girarse a mirarme y de sus texturas, de sus colores, de su olor se alzaban dedos recriminatorios que apuntaban hacia mí. Entregado, sin oponer resistencia, dejé escapar un hilo de voz:

–No sé qué decir, don Manuel. Yo...

–Está bien, está bien –volvió a interrumpirme–. Déjese de disculpas. No van con usted. Ni conmigo. A lo hecho, pecho. Supongo que todo eso de las amenazas y el petardo le han hecho perder la cabeza. Pero no se olvide de que, por su culpa, me ha caído un chorreo de no te menees.

–Lo siento de veras...

–¡Suficiente! Ya le he dicho que es suficiente.

De nuevo el silencioso cocodrilo echado entre los dos, con sus enormes fauces abiertas. Sentí un extraño desasosiego, y no sólo por la bronca que me estaba cayendo, sino porque yo siempre había sido el ojito derecho de don Manuel, su columnista de plantilla preferido, su hombre de confianza en los temas delicados, el único subordinado con el que, en alguna ocasión, había accedido a tomarse un whisky en el bar de la esquina y al único al que había concedido el honor de participarle alguna minúscula confesión personal. Sería unos doce años mayor que yo y olía la jubilación como una fiera huele la muerte. “No quiero retirarme, Quilez, no va conmigo”. Era el grado de intimidad que habíamos alcanzado. Puede parecer poco, pero tratándose del Profesor Xavier significaba mucho.

Don Manuel cuadraba cuartillas sobre la superficie de la mesa, quebrando el aire con ese sonido seco de los paquetes de papeles cuando golpean una superficie dura: clac, clac. Al acabar la operación –que no le llevó más de un minuto, aunque a mí se me hizo eterna– levantó la vista, me miró por entre la ranura de los párpados con unos ojos perspicaces, claros y fríos como los de un hombre del norte, y abandonó la reprimenda para adoptar un tono de trabajo que me resultó más familiar y, de paso, me produjo cierto alivio.

–Todavía estamos a tiempo de arreglarlo. Y fíjese que he dicho “estamos”, porque en este asunto nos la jugamos los dos. ¿Comprendido?

Asentí, sin saber aún a qué asunto se refería mi jefe ni por qué íbamos a jugarlosla. Rescaté mi cabeza del pozo en el que la había sepultado, acerqué la silla a la mesa y erguí la espalda.

–Lo que haga falta, don Manuel. Usted dirá.

El director no se anduvo por las ramas.

–Vicente Roselló, ¿le suena? Claro, cómo no le va a sonar, si ayer fue usted la estrella en un programa de su cadena...–¿iba don Manuel a continuar con la cofradía del Santo Reproche?–. Pero bueno, dejemos eso de lado.

Debe saber usted que ese pájaro vuela demasiado alto para el plumaje que gasta. Quiero decir que existen serias sospechas acerca de su rectitud profesional. En otras palabras: es posible que el presentador estrella de la televisión más ultra de esta Comunidad –que ya es decir– sea un tramposo que esté falseando la realidad y dando gato por liebre a su audiencia, comprando actores para rodar escenas que luego cuele como documentales. Ni que decir tiene que si usted consiguiera alguna prueba de esto que le digo, el cabreo de nuestros jefes se vería poderosamente dulcificado. ¿Me sigue?

¡Cómo no iba a seguirlo! Yo odiaba profundamente el estilo periodístico de aquel fascista encubierto. No me gustaban ni sus contenidos, ni sus formas, ni siquiera aquella manera hortera de cubrir su abultada anatomía con trajes de marca y corbatas presuntamente desenfadas.

–Se dice que ha estado a punto de pillarse los dedos con lo de la burbuja inmobiliaria, pero que se ha salvado por los pelos, y que sus negocios van más allá del mundillo de la comunicación –expliqué.

Una vez más, percibí el extraño temblor en sus palabras, como un intruso que se cuele en una fiesta a la que no ha sido invitado.

–Bueno, bueno, usted céntrese en lo de los reportajes falsos. Mire, Quílez, le voy a dar cancha unos cuantos días. Muévase, husmee, pregunte aquí y allá, pero traiga pruebas del trapo sucio que necesitamos para joder bien a ese cabrón.

El tono de Vela me pareció demasiado personal, pero no añadí nada más: yo tampoco podía con aquel gilipollas.

Estaba a punto de largarme de allí cuando don Manuel me detuvo llamándome por mi nombre, cosa que no acostumbraba a hacer, ni siquiera cuando estábamos a solas.

–Alfonso, espere un momento, siéntese.

El intruso continuaba allí, oculto entre sus palabras, insidioso. Entonces don Manuel giró unos grados la silla de ruedas, se agachó con alguna dificultad, metió la mano en uno de los archivadores que se disponían en torno a su mesa como las cajas de un batería de rock y extrajo un maletín de cuero marrón con cierres y cantos de metal dorados. Se incorporó, lo colocó plano sobre la mesa y lo empujó hacia mí.

–Quiero que me haga usted un favor.

–Lo que haga falta, don Manuel.

–Quiero que me guarde este maletín durante unos días. Sáquelo de esta redacción y méntalo en algún armario de casa, o en cualquier lugar que usted considere seguro. Sin preguntas.

Escuché aquella demanda con estupefacción. Me parecía estar viviendo la escena de alguna película de espías.

–Claro –asentí dubitativo–. ¿Es algo grave?

–He dicho que sin preguntas. ¿Puedo confiar en usted?

–Por supuesto.

–Pues consérvelo un tiempo, sin más. Confíe usted en mí.

Luego sonrió y, de manera más jovial, añadió:

–Piense que le he dejado el canario para que me lo cuide mientras me voy de vacaciones.

–Pero usted no se va de vacaciones, don Manuel. Usted odia las vacaciones. Y a los animales.

Don Manuel Vela soltó una risotada que, por exagerada e inusual, me despistó aún más.

–Vamos, vamos, póngase en marcha y desentascare a ese cabrón de Roselló. Es usted un buen periodista, pero me temo que lleva demasiado tiempo escribiendo desde una torre de marfil. Es hora de que vuelva a las calles, amigo Quílez. Al corazón de la noticia.

Salí de aquel despacho en un estado de ánimo que me recordó los lejanos tiempos de la lucha estudiantil, cuando organizaba huelgas universitarias y falsificaba documenta-

ción para esquivar los controles de los *grises* en las asambleas. Era como si el miedo y las amenazas se hubieran quedado en la cabina de mando del Profesor Xavier. Pensé que me vendría muy bien ese descenso a la cloaca para averiguar qué quedaba en mí del periodista de acción que alguna vez había sido. Estaba eufórico como un asesino al que acaban de proporcionar la fotografía de su próxima víctima. Apreté con fuerza el misterioso maletín y, al pasar por delante del escritorio de Sonia Martí, le guiñé un ojo. Ella me devolvió el saludo apuntando el dedo pulgar de su mano izquierda hacia el fluorescente.

En aquel momento, quizá no llegué a considerar que lo que más me gustaba de todo el asunto era que, por primera vez en mucho tiempo, había hallado un motivo para volver a sentirme joven.

2

Tenía la tarde libre. Mejor dicho, tenía *todo el tiempo libre*, según una curiosa interpretación empresarial de mi jefe, para quien la dedicación completa a tareas de investigación le debía de sonar a unas vacaciones anticipadas. "Aproveche esta oportunidad, Quílez", me había dicho al despedirme, como si yo tuviera veinte años y estuviera esperando oportunidades.

Así que, para celebrarlo, me dirigí a la playa del Postiguet y, en uno de los chiringuitos que todavía no había dado el salto a restaurante de postín para guiris con pasta, me regalé un *arròs a banda* y una botella de Albariño. La afición por la buena mesa, los carajillos y el Macallan formaban parte de un yo pasado que se resistía a abandonarme del todo, a despecho de haber transigido con dejar de fumar y propinarme largas caminatas junto al mar durante los fines de semana.

Sujetaba el maletín de don Manuel apretado entre las piernas. No me atrevía a dejarlo en una silla contigua, al alcance de la mano, por temor a que algún mangante en patines me lo levantase. ¿Qué coño contenía aquel cuero pasado de moda? La cerradura de seguridad con la combinación de cuatro números alimentaba mi curiosidad como el carbón alimenta el fuego. Jugueteé con las ruedecillas sin intención de acertar con la secuencia de apertura. Las pre-

guntas se amontonaban en mi cerebro como acreedores en la puerta de un moroso: qué había allí dentro –¿un asunto personal, un tema laboral?–, por qué don Manuel se había deshecho de ello, por qué me lo había dado a mí, hasta cuándo iba a tener que custodiarlo y, sobre todo, qué extraña coincidencia era aquella que reunía en un mismo punto del destino: a) mi efímero éxito social, b) la bronca que me había caído por ello y c) el encargo detectivesco que se me había hecho. Demasiados interrogantes. Sólo los imbéciles creen en la casualidad.

El cielo azul, pulcrísimo, el aire aún no enrarecido del final de la primavera, las filas de palmeras dispuestas a mi espalda a lo largo de la Explanada, como en un dibujo infantil, el Castillo de Santa Bárbara, la seriedad vigilante del perfil rocoso de la Cara del Moro, la finísima arena, dorada por la primera luz de la tarde, los caballitos de espuma sobre las olas, las jugadoras de voley-playa... Nada de ello invitaba a la reflexión, por lo que pedí un café *tocat* de Magno e hice un esfuerzo por olvidar el maletín y concentrarme en el asunto que se me había encomendado.

Por lo que yo sabía, Vicente Roselló había desembarcado en el muelle de la televisión –Canal Valencia TV, por supuesto– a través de las tertulias de opinadores, esa gente que habla de todo sin saber de nada, que vende recetas al mejor postor y que se caracteriza por su aspecto impecable, su poder de seducción ante la cámara y su mala leche congénita.

Para entonces, Roselló ya se había labrado un nombre en la prensa escrita a través de una columnilla semanal que había ido publicando cada sábado, durante dos años, en *La Voz de España*, y con la que había sido capaz de lograr la cuadratura del círculo periodístico: disertar durante mucho tiempo sobre un mismo tema sin que, al parecer, ni lectores ni jefes se percataran de ello –quizá estos últimos sí; seguro, vaya–. De los más de ochenta artículos que había legado a la posteridad (alguna enfermedad y algún viaje habían impedido el pleno al quince) no se podía encontrar ni uno solo –las hemerotecas están de mi parte– en el que no

apareciesen, para ser denostadas, las siglas ZP y PSOE. Variaciones con repetición, hubiera sentenciado mi profesor de Matemáticas del Bachillerato.

Al parecer, el formato multiparticipativo de las tertulias y ser considerado "uno más" en el mentidero autonómico no iba con sus ínfulas de estrella y padre de la patria – "don Vicente", se hacía llamar en antena, y algunos bromeaban apodándolo "don Vitocente"–, así que no tardó mucho tiempo en montar una productora propia dedicada a elaborar "reportajes de actualidad". ¿Sorprenderé a alguien si enuncio algunos de los títulos? Probaré: *Drogas y delincuencia: un país en ruinas, Nacionalismos periféricos y barbarie, Las mentiras de la Guerra Civil, Este es MI país, La Fiesta Nacional, Prostitutas frente al colegio, Las sombras de la monarquía, Quiero vivir: diario de un feto, 11M: un caso abierto...*

Yo mismo había seguido de cerca algunos de aquellos pretendidos trabajos de investigación. Los dos primeros, para ser más exactos. Pero me sacaban de quicio y pronto dejé de sumar número en los audímetros. No soportaba a aquel gordo engreído mostrando un falso interés por los marginados sociales o lanzando discursos xenófobos a las diez de la noche, disfrazado con una cazadora de cuero, una camisa de cuadros y unos tejanos de mercadillo que formaban parte del *atrezzo*. La especialidad de la casa consistía en la presentación de testimonios que, por alguna oscura razón, habían mantenido en secreto durante años una verdad impactante relacionada con algún acontecimiento de carácter histórico o social sobre el que iban a "arrojar luz en directo", ofreciendo un punto de vista irrefutable y proporcionando al espectador una certeza absoluta, el conocimiento pleno de una realidad hasta entonces ignorada o suplantada.

Por supuesto, el presentador estrella de *La Verdad al Rojo*, o *VR* –¿a alguien se le podía escapar aquella evidencia?– era el mismísimo Vicente Roselló. Orondo y bien plantado, enérgico hasta parecer agresivo, se enfrentaba a la cámara en primer plano, permitiéndose en ocasiones